

España y el proyecto de instauración monárquica de 1845 en México

EMILIO DE DIEGO GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid

Las condiciones geopolíticas, étnicas, sociales y económicas concurrentes en México al inicio de su proceso independentista confirieron a éste unas características, en gran medida, diferenciales de las seguidas por el resto de las ex colonias españolas. Los factores endógenos de conflicto, no superados tras su ruptura con la metrópoli, dieron paso a una compleja evolución histórica definida por la crispación y la inestabilidad. «Al comenzar la independencia en su aspecto político por la exclusión del Gobierno de España en las funciones administrativas de la antigua colonia, dos grandes fracciones de la clase dominante lograron quedar en mejor posición gracias a su participación en los golpes de Estado y en las maniobras políticas que produjeron. La Iglesia conservó todos sus bienes y sus privilegios sin las obligaciones y las funciones que antes la sujetaban, y los grandes propietarios, comerciantes y burgueses no solamente aseguraron sus derechos de propiedad, sino que los reforzaron»¹.

Las contradicciones secundarias, en y entre estos sectores del bloque hegemónico, proyectadas sobre una masa acuciada por el hambre y la miseria y utilizada, con diferentes señuelos, como fuerza desestabilizante alumbraron una violenta dialécti-

¹ A. Teja Zabre, *Historia de México*, México, 1935, p. 302.

ca esencialmente a nivel político en la primera mitad del siglo, y posteriormente con mayor contenido social.

En varias ocasiones, a lo largo de estas décadas iniciales de la anterior centuria, el antagonismo de las fuerzas en presencia derivó, como medio de encubrir el afán por instrumentalizar las instituciones en mayor beneficio particular, hacia el planteamiento de la cuestión de régimen como cuestión nacional.

Los republicanos veían en la República el motor del progreso, del avance de las libertades y de la modernización del país. Durante más de un cuarto de siglo, en una lucha confusa que no excluye las alianzas transitorias, los cambios de bando y aun las traiciones, los liberales intentaron consumir la ruptura con la tradición colonial... Sin embargo, su crítica al orden de cosas no se dirige tanto a cambiar la realidad como la legislación².

Los monárquicos veían en la Monarquía el refrendo del orden y la justicia: «el Rey era el símbolo de autoridad, pero también de una suerte de acción paternalista y de protección, ante quien podía apelarse siempre para que se corrigiesen las injusticias... La figura del Rey era, pues, una entidad vinculada a las realidades políticas nacionales y clave sustancial en la jerarquía de la política»³. Sería principalmente una opción conservadora, soporte de los privilegios heredados, con un mismo nivel estéril de planteamientos y una disposición, lógicamente, menor por lo que se refiere a las necesarias transformaciones.

Los intereses, no siempre coincidentes, de las potencias europeas, como Gran Bretaña, Francia o España, y de los vecinos Estados Unidos, enmarcan e interaccionan decisivamente aquella «accidentada» trayectoria política mexicana. Entre 1821, «fin» de la revolución de la Independencia, y 1854, comienzo de la revolución de la Reforma, siempre de «plan político» en «plan político», de Iguala a Ayutla, lograrían vigencia práctica ambas formas de Estado, para concluir, de modo definitivo, los afanes monarquizantes con los fusilamientos del Cerro de las Campanas en 1862, colofón trágico a la desgraciada experiencia de Maximiliano de Habsburgo. Desde entonces la idea monárquica perdió en México toda probabilidad de implantación en la práctica.

² Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, F. C. E., México, 1959.

³ J. M. Hidalgo, *Proyectos de monarquía en México*, Ed. Jus., México, 1962.

TENTATIVAS A FAVOR DE LA MONARQUÍA ANTES DE 1845

No estaba acertado García Pérez cuando escribía que los propósitos monarquizantes se iniciaron en México en 1853⁴. Fueron varios los intentos de subvertir el régimen republicano desde su instauración en octubre de 1824, y en todos ellos aparece implicada España de manera muy directa.

En 1827 Mr. Villele se propuso realizar el Plan de Iguala, en lo que hacía referencia a la cuestión de régimen, por consejo del marqués Crony-Chanel, cuyos contactos con los sectores realistas exaltados de nuestro país se habían iniciado durante la regencia de Urgell. El mismo marqués fue comisionado para negociar ante la Corte de Madrid a fin de que Fernando VII accediese a la formación de un imperio mexicano que encabezaría don Francisco de Paula. La negativa del monarca español, refrendada por Carlos X, supuso un obstáculo decisivo para el proyecto, que terminó siendo desechado también por Londres⁵.

Aquella intentona coincidió con una fallida conspiración pro-española en el interior de México. Su principal dirigente, el sacerdote Arenas, y varios implicados fueron fusilados. No mucha mejor suerte tendría la tentativa de «reconquista» de 1829⁶.

La idea de Fernando VII, mantenida durante varios años, de situar a su hermano Carlos al frente de una Monarquía en México, tampoco prosperó. Esta pretensión estaba ligada por parte de España a nuestro reconocimiento oficial de la independencia de aquel país. La exigencia de la antigua metrópoli, por su carácter de imposición, no encontró acogida favorable entre los mexicanos y fracasó.

⁴ A. García Pérez, *Antecedentes político-diplomáticos de la expedición española a México*, Madrid, 1904, p. 61.

⁵ J. M. Hidalgo, ob. cit., Cap. 8, p. 36.

El infante D. Francisco de Paula estaba dispuesto a aceptar, incluso contra la voluntad de su hermano; por intermedio del mismo Marqués intentó negociar con los sectores mexicanos que pudieran apoyarle. También ofreció condiciones ventajosas al comercio inglés y procuró conseguir un crédito con el que subvencionar su candidatura. Llegó hasta nombrar un ministerio en el que figuraba, entre otros, Talleyrand y repartió diversos cargos y honores.

⁶ Protagonizada por el brigadier Isidro Barradas, al frente de 3.000 soldados, contó como principal obstáculo con la falta de colaboración de la sociedad mexicana y acabó en un fracaso total.

Habría que esperar hasta 1840 para que el monarquismo iniciara en México un nuevo compás ascendente que culminaría a mediados de esa década con el proyecto de Bermúdez de Castro.

LA COYUNTURA HISTÓRICA HACIA 1845

Un breve repaso a las circunstancias que atraviesan México y las principales potencias con intereses en aquel país, a mediados de los años cuarenta del siglo XIX, nos ayudará a la mejor comprensión y valoración de la tentativa monárquica desarrollada en esas fechas. Veamos cuál era la situación:

México

Concluida la guerra por su independencia son muchos los problemas que afectan a la vida política y social mexicana. En el orden interior, la pugna entre federalistas y centralistas, progresistas y conservadores, junto a la gran crisis de la Hacienda, constituían temas de difícil solución. Habría que sumar a estos factores de inestabilidad el aislamiento internacional.

La Constitución federalista de 1824 sirvió de marco a una agitada y confusa trayectoria política, cuya descripción excede los límites de nuestro propósito y que concluyó en una profunda frustración. Apenas un decenio después de haberse implantado, el fracaso del federalismo era evidente. Desde 1835 la demanda de un cambio ganaba terreno en los medios políticos del país. Existía la creencia de que una buena Constitución haría milagros.

En 1836 se puso en vigor un nuevo texto constitucional, de carácter centralista, pero la situación no mejoró apreciablemente. En el plano internacional los éxitos logrados por el reconocimiento del Vaticano y finalmente de España⁷ se vieron oscurecidos por la guerra contra Francia, declarada en 1838. En el orden interior la pugna de competencias entre el poder central y las autoridades de los diversos Estados suscitó graves enfren-

⁷ Tratados firmados, respectivamente, el 29 de noviembre de 1836 con los Estados Pontificios y el 28 de diciembre con el Gobierno de Madrid, presidido por José María Calatrava.

tamientos y el consiguiente desorden. Hasta el extremo, en algunos casos, como Yucatán, de permanecer separado del resto de México desde 1837 a 1843, o el noroeste del país, donde los federalistas llegaron a proclamar la República de Río Grande, en 1839.

Las instituciones, sacudidas por los embates citados, soporaban una profunda crisis. Las esperanzas puestas en la reforma legal no se habían cumplido, y es entonces cuando cobran nuevos bríos los partidarios de un cambio de régimen. La carta que Gutiérrez Estrada escribió al presidente Bustamante, el 25 de agosto de 1840, puede considerarse, en cierto modo, el texto más representativo de esa tendencia. En ella encontramos el rechazo de las simples mutaciones jurídicas como instrumento político eficaz: «... estamos convencidos de que una Constitución, por sabia que sea, es un documento muerto..., manifestaba y abría la puerta a «... un cambio de sistemas que obre una transición pronta y saludable y renazca México de sus cenizas y se levante de sus miserias, del lecho de muerte en que yace»⁸.

Aunque de momento la oferta contenida en la carta encontró una acogida fría, paulatinamente fue ganando adeptos. Diversos levantamientos a lo largo de 1841 obligaron a Bustamante a dejar la presidencia de la República. Una vez más, Santa Ana se hizo cargo del poder, instaurando una dictadura cuya vigencia alcanzó hasta finales de 1844. Pero tampoco la autocracia del caudillo tradicional obtuvo soluciones, más bien al contrario. La Revolución de Guadalajara dio paso a los últimos compases del régimen centralista.

El nuevo presidente, José Joaquín Herrera, fracasó en sus afanes de reconciliación interior, mientras la amenaza de un conflicto con los Estados Unidos era cada vez mayor. En un intento por contener el caos interno y el expansionismo norteamericano, el general don Mariano Paredes Arrillaga entró en contacto con el embajador español, Bermúdez de Castro, para instaurar una Monarquía. Sus intereses coincidían, aunque por motivos diferentes, con los del Gobierno de Madrid, por lo que rápidamente llegaron a perfilar un acuerdo. Un príncipe español

⁸ Carta de Gutiérrez Estrada al Presidente Bustamante, Tacubayá, 25 de agosto de 1840.

al frente del nuevo régimen, con el apoyo de Francia e Inglaterra, podría alcanzar los fines que el general Paredes pretendía. Para México era una circunstancia crítica.

Estados Unidos

La historia de los Estados Unidos desde finales de los años veinte del siglo XIX estuvo influida, principalmente, por dos grandes corrientes: 1, el antagonismo cada vez mayor entre los Estados del norte y del sur; 2, el expansionismo imperialista. En aquellos momentos ambas líneas se superponen.

Las contradicciones generadas por la coexistencia de dos modelos socioeconómicos tan diferentes, dentro de un mismo marco político, era inevitable que pusieran en peligro la propia existencia de la Unión. Si el choque decisivo se aplaza hasta la década de los sesenta es debido a la subordinación del problema con respecto al gran impulso expansivo. Cuando el crecimiento espacial, lejos de diluir o atenuar los elementos de fricción, los haya potenciado, afectando la relación de fuerzas en favor del Norte, no quedaría otra salida que la guerra civil. Nuestro interés se centra en las consecuencias que tuvo, en cuanto al tema que nos ocupa, la canalización del «Manifiest Destiny» hacia los restos del antiguo imperio español. La anexión de nuevos territorios en dirección... N. N.O. conducía a una peligrosa disputa con Inglaterra (problemas del Maine, Oregón, etc.); era mucho más fácil seguir el impulso hacia el S. y el O.⁹

Texas fue el primer paso en este proceso colonizador. Ocupada por una población mayoritariamente estadounidense, era independiente, aunque dentro de los límites de México, desde 1834. Dejando atrás intentos de compra y enfrentamientos armados¹⁰, a partir de 1840 venía planteándose el tema de su adhe-

⁹ Ver A. Maurois, *Historia de los Estados Unidos*, Losada, Buenos Aires, 1945.

El contencioso del Maine se solucionó por el tratado Webster-Ashburton en 1842.

¹⁰ John Quincy Adams ofreció un millón de dólares a México por la compra de Texas en 1827, pero la oferta fue rechazada.

En el capítulo de enfrentamientos armados podríamos recoger desde la intervención de Santa Ana, en el Alamo, a la campaña del general Sam Houston.

sión a Estados Unidos. La posición inglesa, que prefería un Estado a manera de tapón entre México y su vecino del norte, junto a un sector anti-imperialista de la propia sociedad norteamericana había impedido el intento. Pero la voluntad mayoritaria de texanos y estadounidenses terminaría por imponerse. En abril de 1844 el secretario de Estado, Calhoun, firmó un tratado de adhesión que, rechazado por el Senado, se convirtió en un arma electoral para los expansionistas.

La llegada a la Casa Blanca del presidente Polk supuso el triunfo definitivo de las tesis imperialistas. El Congreso aprobó en febrero de 1845 el tratado de anexión, pero ahora las nuevas exigencias pretendían ir mucho más lejos. Washington envió a John Slidell a México con el fin de llegar a un acuerdo sobre Texas y comprar Nuevo México y California. El Gobierno mexicano se negó a recibir al embajador estadounidense. La amenaza de guerra estaba a punto de concretarse y sin la intervención de otras potencias el desenlace no ofrecía dudas.

España

Terminada la contienda carlista las divisiones en el campo liberal dominan el panorama político español. En un primer tiempo el auge progresista conduce al poder a Espartero, pero los logros, como hombre de gobierno, del Príncipe de Vergara no estuvieron en consonancia con sus éxitos militares. La «amigocracia» esparterista produjo la ruptura en las filas del progresismo. En consecuencia, el propio regente se veía forzado a abandonar la alta magistratura, arrastrando, poco más tarde, a los epígonos que le habían combatido desde las filas de su mismo partido.

A partir del 3 de mayo de 1844, con la llegada al Gobierno del general Narváez, se producía el afianzamiento de los moderados en el poder. Enfrentado el nuevo ejecutivo a una ardua tarea de reordenación interna, causa inevitable de oposición y descontento en algunas capas sociales y tendencias políticas del país, un éxito llamativo en política exterior podría, como tantas veces, desviar la atención pública de las cuestiones domésticas.

Las relaciones internacionales del gabinete, encabezado por el duque de Valencia, estuvieron en manos de don Francisco Martínez de la Rosa, tras breves interinidades de otros personajes, desde el 21 de agosto de aquel 1844. La situación mexicana ofrecía una excelente oportunidad de intervención para alcanzar el objetivo señalado.

La instauración de una monarquía en tierras aztecas encabezada por un príncipe español, si éste fuese el infante don Enrique, además del «prestigio» buscado ofrecía la ocasión de solucionar algunos problemas existentes en la propia familia de los Borbones españoles y, de paso, conseguir ventajas políticas de «partido» privando a los progresistas de una figura capaz, al menos potencialmente, de convertirse en catalizador de sus aspiraciones.

El segundo de los hijos de don Francisco de Paula despertaba la suficiente inquietud para que el gobierno de Narváez le propusiese como candidato al hipotético, y sobre todo distante, trono de México. A finales de 1845 don Enrique publicaba un manifiesto en el cual exponía su posible candidatura a la mano de Isabel II y sus inclinaciones progresistas, lo que le valió su apartamiento de la Corte, siendo destinado inmediatamente a El Ferrol¹¹.

Francia

La vinculación francesa a México revestía particular importancia en el campo de los intereses, representados por comerciantes de aquella nacionalidad asentados en el país azteca. Aun cuando las relaciones entre ambos Estados, desde la firma del acuerdo comercial de 1827, no siempre fueron cordiales, el papel de Francia en los asuntos mexicanos era notable:

Desde la caída de Thiers, la política exterior de Francia, dirigida por Guizot, había entrado en una etapa de aproximación a Inglaterra, particularmente intensa desde 1841; con la llegada al poder en Londres de un gabinete conservador, situación que se mantuvo hasta 1847. Pero en el caso de México, y por las

¹¹ Ver María Teresa Menchén Barrios, *El Infante D. Enrique de Borbón y su participación en la política española en el siglo XIX*, ed. de la Universidad Complutense, Madrid, 1983, tomo I, p. 76.

implicaciones estadounidenses, el Gobierno francés debía sopesar cuidadosamente sus decisiones, ya que Estados Unidos era el aliado potencial capaz de contrapesar el dominio marítimo que los británicos ejercían en la zona, si las circunstancias lo demandasen ¹².

Inglaterra

Los intereses de la Corona británica en Norteamérica eran de gran envergadura y, en el caso mexicano, afines a los españoles. Ya hemos mencionado su estrategia para procurar contener el expansionismo norteamericano y su contencioso con el Gobierno de Washington en torno a Oregón y Canadá, principalmente. Una vez consumada la unión entre el alto y el bajo Canadá a partir de 1840, las relaciones con Estados Unidos caminaban hacia el enfrentamiento. Era presumible que en aquella situación los ingleses apoyarían la existencia de un régimen fuerte en tierras mexicanas. Precisamente el proyecto que entonces se encontraba en tramitación.

EL PROYECTO DE BERMÚDEZ DE CASTRO

A lo largo de 1845 el embajador español en México, conforme a las instrucciones recibidas de nuestro Gobierno, fue urdiendo la trama que debía conducir al establecimiento de un príncipe español como soberano de aquel país. El 28 de agosto escribía a Madrid informando del buen camino que seguían sus gestiones ¹³. Los contactos con el general Paredes habían culminado en un acuerdo para «trastornar las instituciones republicanas» mediante un golpe de fuerza ejecutado por el ejército de su mando. Únicamente faltaba que el propio Bermúdez de Castro lo ordenase para marchar sobre ciudad de México ¹⁴.

¹² Archivo General de Palacio, Caja 297.

Así lo afirmaba el Marqués de Miraflores en un Memorandum enviado a la Reina el 24 de febrero de 1846.

¹³ A. G. de P., Caja 297. Despacho cifrado núm. 109, carpeta núm: 1.

¹⁴ *Ibidem*.

El representante español había ofrecido abundantemente títulos, condecoraciones, dinero... Paredes, según Bermúdez de Castro, deseaba el Toisón.

La clave de las negociaciones entre Paredes y la embajada española fue don Lucas Alamán, a quien el general designó como representante de su total confianza¹⁵ y hombre clave por su influencia en los medios civiles de talante conservador.

Aquel plan parecía contar con suficientes recursos para triunfar: 1.º, un ejército de 12.000 hombres, el único que existía en México; 2.º, un jefe capaz, el general don Mariano Paredes; 3.º, el apoyo de los ricos propietarios y comerciantes del país; 4.º, el alto clero y la mayor parte de los curas del interior; 5.º, los sectores comprometidos en la dictadura de Santa Ana y que después habían sido perseguidos; 6.º, la oligarquía de los Departamentos del Norte, anhelante de cualquier Gobierno que asegurase eficazmente su status frente a la amenaza de los indios¹⁶.

Los únicos obstáculos, a juicio del embajador español, serían las fuerzas de la Legión de Indios, de muy escaso valor militar, reclutada por el general Alvarez en el sur, y la oposición de los norteamericanos. Por lo demás, el pueblo en general, indiferente y apático, se limitaría a obedecer.

LA ACTUACIÓN DEL GOBIERNO NARVÁEZ

Como ya hemos señalado, España fue el catalizador de aquella acción, auspiciándola, coordinándola y financiándola parcialmente. El 31 de octubre de 1845 el Consejo de Ministros contestó al embajador Bermúdez aprobando su conducta y autorizándole a continuar el plan de fundar en México un Imperio. La única condición que debía observar rígidamente era que nuestro país no apareciera oficialmente implicado; «se le manifestó la conveniencia de que cualquier cosa que hiciere apareciese

¹⁵ Lucas Alamán fue varias veces ministro entre 1823 y 1832 y era el ideólogo de la Unión Económica. Prohombre de los conservadores, fundó el Banco del Avío. Encabezó la protesta pacífica contra Guerrero. Predominó en el gobierno de Bustamante como adalid de un tardío despotismo ilustrado. En general, se trata de una de las figuras clave de la primera mitad del siglo XIX en México.

A medida que los recursos financieros que Paredes demandaba no eran satisfechos por el gobierno español fue disminuyendo su participación en el proyecto, alegando el temor a una conspiración federalista.

¹⁶ A. G. de P., Caja 297, Carpeta 1.

como resultado de la libre y espontánea voluntad de los mexicanos»¹⁷.

Los medios que el Gobierno podía movilizar fueron puestos a su disposición. Se le anunció el envío de algunos buques de guerra sin despertar excesiva sospecha¹⁸. El propio infante don Enrique, por entonces destinado a bordo del «Manzanares», pasaría a mandar la fragata «Isabel II», uno de los barcos que intervendrían en la operación. Todos los buques del apostadero de La Habana quedaban a las órdenes del Capitán General de la Isla, quien cooperaría directamente con Bermúdez de Castro para el buen éxito de la empresa.

En cuanto al dinero necesario, el Ministerio de Hacienda dio instrucciones al superintendente de la capital cubana para poner a disposición del Capitán General dos millones de reales, que posteriormente debía incrementar hasta diez. En aquellos momentos la gran Antilla parecía recobrar su viejo papel de avanzada española hacia el continente.

Finalmente se indicó a nuestro representante en tierras aztecas el nombre del príncipe designado por S. M. para regir aquel reino, era el infante don Enrique, a quien se había destinado a La Habana, y se fijaban las posibles alternativas del procedimiento para ofrecerle la corona¹⁹.

El nuevo monarca presentaría hecha una Constitución fundada en principios políticos semejantes a los entonces vigentes en España y otros Estados de Europa. El Congreso mexicano, elegido después del pronunciamiento, se limitaría a aceptarla. Dos objetivos inmediatos apuntaban como más convenientes: a) la desarticulación del partido federalista, y b) el desarrollo

¹⁷ A. G. de P., Caja 297, Carpeta 2.

¹⁸ *Ibidem.*

Se comunicó a Bermúdez la marcha para La Habana y Veracruz del navío «Soberano», la «Isabel II» se enviaría después y que si no pareciese conveniente que ésta pasara a La Habana iría otra fragata y un vapor del apostadero de la capital cubana.

¹⁹ Una vez producido el triunfo del levantamiento de Paredes, la Asamblea de Notables designada debería hacer una declaración en términos generales ofreciendo la Corona al príncipe que S. M. designase y enviar una diputación con este mensaje, o que la Asamblea aclamase al príncipe D. Enrique contando con que S. M. no negaría su beneplácito. Si se adoptaba el segundo medio debería enviarse una diputación al Infante, quien manifestaría que al aceptar la Corona no podía prescindir de hacerlo contando con la aprobación de la Reina de España.

del comercio español para asegurar por medios indirectos la influencia de España.

Mientras tanto, Bermúdez de Castro había enviado, el 28 de septiembre de 1845, un nuevo despacho dando cuenta de la marcha de los acontecimientos. El Gobierno de la República desconfiaba de Paredes y procuraba neutralizarle, aunque por el momento no lo había conseguido, urgía acelerar el plan. Reclamaba el dinero y los barcos que pudiesen enviarse desde la isla de Cuba. Aunque tal vez lo más importante era la pretensión del general y su representante, Alamán, que fuese la infanta Luisa Fernanda la designada para ocupar el nuevo trono. Era éste, sin duda, un serio punto de fricción entre el Gobierno español y los intereses mexicanos.

A finales de octubre, Paredes había completado todos los preparativos para marchar sobre México capital, pero se lo impedía la falta de dinero. Los esfuerzos de Bermúdez de Castro no habían logrado reunir los suficientes fondos, ni a través de Cuba, ni por sus solicitudes a algunos comerciantes españoles. Toda la empresa amenazaba hundirse por la carencia de recursos financieros²⁰.

El gabinete Narváez se limitaba, entre tanto, a contestar las demandas de su plenipotenciario recomendándole discreción y que no comprometiese el nombre de un candidato concreto al trono; en cuanto al dinero, ya lo recibiría²¹. Difícil debía resultar para Bermúdez de Castro mantenerse entre las recomendaciones y promesas de una parte y las exigencias acuciantes de otra²².

Paredes, convencido de que no podía contar con más recursos, se lanzó a la toma del poder en noviembre de 1845. Secundado rápidamente por la guarnición de ciudad de México, que

²⁰ A. G. de P., Caja 297. Despacho cifrado núm. 143, Carpeta 5, 29 de octubre de 1845.

Los contactos de Bermúdez de Castro habían conseguido que un comerciante español, el señor Carrera, adelantase de su bolsillo cuarenta mil duros, aproximadamente la quinta parte de lo necesario, pero no lograba recabar más dinero.

²¹ A. G. de P., Caja 297.

Contestación del Gobierno español el 2 de enero de 1846.

²² A. G. de P., Caja 297, Despacho cifrado 143, Carpeta 5.

Paredes había declarado cesar del todo su compromiso si no recibía inmediatamente el dinero necesario.

detuvo al Presidente de la República, el golpe tuvo un éxito fácil, tal y como se había previsto. El general puso en marcha el llamado Plan de San Luis, cuyos objetivos clave hemos señalado, con la publicación de un Manifiesto, la redacción del cual se atribuía al propio Bermúdez de Castro²³.

Las noticias de estos cambios políticos en México llegaron a Madrid en febrero de 1846. Inmediatamente se intentó poner en marcha una amplia ofensiva diplomática con la finalidad esencial de asegurarse el apoyo de Londres y París y neutralizar la presumible oposición de Estados Unidos.

Nuestros embajadores en las capitales de Francia e Inglaterra recibieron instrucciones para recabar el apoyo de estas potencias al proyecto de instaurar un príncipe español al frente de México.

La contestación de Guizot fue ambigua y, sobre todo, supeeditada a lo que decidiese su colega inglés, lord Aberdeen. En un tema de tanta trascendencia las repercusiones serían graves y debía procederse con cautela y reflexión; pero en principio no descartaba la propuesta española.

Un doble acontecimiento iba a dar al traste con las expectativas despertadas, al modificar sustancialmente el estado de la cuestión: en España caía, el 12 de febrero de 1846, el gobierno de Narváez y era sustituido por otro de cuya presidencia se hacía cargo el marqués de Miraflores. El nuevo gabinete adoptó una postura mucho menos entusiasta en el tema mexicano que la seguida por su predecesor. La posibilidad de una intervención en el exterior fue rechazada en nombre del principio de no injerencia en asuntos internos de otros Estados. Para justificar este proceder se esgrimía la dificultad que habría de acarrear la consolidación del nuevo régimen pensado y el temor a una acción de represalia desencadenada por los Estados Unidos en alguna de nuestras posiciones ultramarinas²⁴.

El otro elemento de cambio definitivo fue la expulsión del poder en México del general Paredes por obra de los federalistas.

²³ A. G. de P., Caja 297, Despacho cifrado núm. 35, Carpeta 10.

²⁴ A.G. de P., Caja 297, Memorandum del Marqués de Miraflores en 24 de febrero de 1846.

ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL DESENLACE

El proyecto Bermúdez de Castro-Paredes había fracasado al iniciarse la primavera de 1846. Hagamos un rápido balance de los acontecimientos inmediatamente posteriores en los países implicados, por lo que se refiere a los diversos aspectos que en él se concitaban.

México:

No sabemos, al no poder entrar en el terreno del posibilismo incontrastable, si la monarquía prevista hubiese podido evitar la guerra con Estados Unidos. Lo cierto es que en mayo de 1846 estallaba la contienda y México perdía la mitad de su territorio (2.400.000 km² de superficie) a cambio de una indemnización de 15 millones de dólares. Mientras la situación interior continuó marcada por los mismos signos de violencia y enfrentamientos civiles. Así pues, los problemas que Paredes había intentado conjurar tuvieron un desenlace totalmente adverso para México.

España:

Posiblemente nuestro país no estaba en condiciones de responder a las exigencias de un proyecto tan importante. Pero evidentemente desaprovechó una excelente ocasión en el campo de la política internacional, frustrada por una tardía actividad diplomática y una actuación en general sin la suficiente decisión. La inestabilidad gubernamental en los inicios de 1846, con tres gabinetes en los cuatro primeros meses, pesó asimismo negativamente²⁵.

Tal vez las consecuencias más próximas incidieron de forma directa en la actitud política del infante don Enrique, principalmente. La publicación de su Manifiesto de diciembre de 1845 y el inmediato destierro que le fue impuesto pudo tener relación con el conocimiento, por su parte, del proyecto de Méxi-

²⁵ El año dio comienzo con Narváez en la presidencia del Gobierno. El 12 de febrero fue sustituido por Miraflores, como ya señalamos, quien a su vez fue desplazado por Istúriz.

co²⁶. Así, su estancia en Galicia y la vinculación que se le supuso con los sublevados de aquella región en abril de 1846 podrían también presentar concomitancias indirectas, al menos, con el mismo tema²⁷.

Francia

Por el momento las consecuencias del fracaso del potencial ensayo de monarquía hispana en México fueron para Francia aparentemente mínimas, si bien perdió una clara opción de aumentar su influencia en aquellas tierras. A medio plazo su esperanza de cooperación con Estados Unidos, para frenar el poderío marítimo británico, no se concretó y deberíamos consignar, además, que apenas tres lustros más tarde la misma Francia protagonizó una intentona, de alguna manera semejante, en condiciones mucho más adversas. El apoyo francés a la oferta española hubiera evitado el posterior final catastrófico de Maximiliano de Habsburgo.

Inglaterra

El Gobierno de Londres solucionó su enfrentamiento por el conflicto fronterizo de Oregón, entre Estados Unidos y Canadá, mediante un acuerdo con Washington que fijaba la frontera en el paralelo 49, arreglo que podía considerarse equitativo. Pero mientras, la expansión de Estados Unidos hacia el sur echó por tierra las esperanzas inglesas de contener a la Unión, surgida de sus ex colonias, en unos límites que evitasen la aspiración hegemónica de la Casa Blanca sobre el resto de América.

²⁶ A. G. de P., Caja 297, Carpeta 9.

El Capitán General de la Isla de Cuba en un informe al Ministro de la Guerra, el 25 de diciembre de 1845, anuncia que se han recibido en la Isla cartas de Madrid que hablan del proyecto.

²⁷ Ver María Teresa Menchen Barrios, ob. cit., p. 126.

Entre las causas que el Capitán General de Galicia, Villalonga, señala en un informe al Ministro de la Guerra como base del levantamiento figura bajo el epígrafe b) lo siguiente: «La llegada y 'correrías' por este reino del Infante D. Enrique, cuya presencia era causa de alegría marcada y de no embozadas esperanzas para los conocidos progresistas...» Las medidas tomadas contra el Infante (entre otras) aumentaron el disgusto de personas «que al enviarle al destierro no fueron menos indiferentes a la sublevación...».

En conjunto, las viejas potencias de Europa occidental renunciaban inconscientemente a imponer su estrategia en aquella zona.

Estados Unidos:

Los grandes beneficiarios del fracasado intento monarquizante en México y, en última instancia, de la no creación de un frente diplomático común hispano-anglo-francés, fueron los Estados Unidos. Pudieron así disponer de México a su antojo con los resultados ya mencionados.

La división interna de los mexicanos favoreció la política imperialista de los Estados Unidos hasta el punto de que la toma del poder por los federalistas, desplazando al general Paredes, correspondía perfectamente a los deseos del Gobierno de Washington.

Creemos, pues, estar en condiciones de afirmar que la pretendida solución monárquica en las circunstancias internacionales de 1845 tenía un extraordinario alcance.